

chos años de construir una magnífica capilla á su crucifijo. Juntaron, pues, los magnánimos zacatecanos una gran copia de materiales, bastantes para edificar una basilica; que no aspiraban á menos, si he de dar crédito á las bien fundadas sospechas que me lo persuaden y concebían sin duda los que leyeren el progreso de esta capilla que se meprendió. El sitio elegido fué la plazuela que llaman del Maese del Campo, por estar en uno de sus ángulos las casas de D. Vicente de Saldivar y Mendoza, caballero digno de aquel título y ejercicio. Preparados los materiales con la grandeza que dije, se dió principio á abrir los cimientos, haciendo una excavación de seis varas y media de profundidad, el día 16 de Abril del año expresado de 92. Luego el día 24 se puso la primera piedra con grande regocijo de los vecinos de la ciudad y de toda la comarca; y como los vehementes deseos de acabar la capilla daban prisa á los que en ella trabajaban, llenaron en poco tiempo los cimientos, subiéndolos cerca de una vara sobre el suelo y terminándolos en talud. Al mismo tiempo iban labrando primorosamente las piedras para las portadas y pórticos; pero todo se frustró por desgracia. Discurrieron algunos políticos, que si el santo crucifijo salía de la Iglesia parroquial á capilla independiente, cesarían los concursos en la dicha Iglesia parroquial, y no la frecuentarían los fieles faltándoles el imán que á ella los atraía. Este discurso produjo dudas insuperables en todo el vecindario. Unos preferían el culto de la Imagen á la frecuencia de la Iglesia parroquial; otros decían que debía conciliarse esta frecuencia con la presencia del crucifijo allí mismo. La obra paró, y estuvo la ciudad mucho tiempo dividida en contrarios pareceres. Unos se alegraban de que no subía ni un dedo la fábrica comenzada; otros lloraban sobre los cimientos porque no se levantaban las paredes. Estos ayudaban á su lástima con la consideración de las bellezas y los primores que esperaban en aquella obra: porque después de haber deliberado los artífices entre

los cinco órdenes de arquitectura, á saber, Toscano, Dórico, Jónico, Corintio y Compuesto, determinaron fabricar la capilla de orden Corintio ayudado del Compuesto. Si he de declarar lo que me sucedía, digo, que en gran manera me contristaba ver esparcidas sobre el talud las primorosas piezas de aquellas columnas descuadernadas, apareciendo en confusa mezcla las basas y los capiteles, los frisos, los arquitrabes y las cornisas. Miranse hoy los tercios de las portadas con vides, cuyos pámpanos y sus sarmientos sobresalen de alto relieve. Estos primores que vemos con los ojos, hacían más lamentable que no se prosiguiese la obra de la capilla, cuando oíamos las disposiciones que se habían dado para hacerla maravillosa. Los arcos habían de haber sido todos estriados con cuarto bocel y collarín. Los pórticos con molduras y vuelos correspondientes á las portadas; hoy se deja distinguir la proporción del crucero. La sacristía se había ideado capaz de servir de magnífica capilla, porque los pedestales de la puerta habían de ser los mismos de la portada, reducidos á menor mole. El rodapié, las guarniciones, las basas, todo, en fin, correspondiendo á la puerta. El coro se había trazado en razón de la longitud total de la capilla, que era 51 varas castellanas y de la latitud que era de 12. Habíase ideado en la planta sobre la cornisa del coro un garboso banco con antepecho, y encima una ventana rasgada, y para proveer, en fin, á los peligros de la vidriera, se había determinado hacer una bellísima portada tras el altar de la imagen, la cual portada cayese á la sacristía, para sacar la imagen y volverla á él sin peligro de romper la vidriera. Todas estas ilusiones de nuestra fantasía, con las esperanzas de presente que mirábamos perdidas, nos hacían vivir desconsolados, cuando considerábamos que la capilla no había de terminarse. Y si en nosotros nació alguna esperanza de que en algún tiempo la obra se prosiguiera, esa esperanza quedaba sofocada al ver la frialdad y el disgusto que manifestaban los hombres acaudalados



de esta ciudad. que veían como quien dice perdidos sesenta y un mil pesos en los cimientos de aquella capilla. Muchas veces oímos decir á los ricos de Zacatecas: ¿para qué hemos de gastar, si nuestro dinero no ha de invertirse en lo que deseamos? «Pero la autoridad é industria del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Obispo de Guadalajara el Sr. Dr. D. Diego Camacho y Avila, volvió á encender fuego en los ánimos resfriados y los alentó á emprender en otra suntuosísima capilla, la cual se halla hoy á grande altura y cuya particular descripción no debo omitir aquí. . . . .»

Pondré la narración llana del influjo que puso el Ilustrísimo Señor en la fábrica de la capilla que voy á describir, y decidan los que leyeren si fué acción plausible. Vino Su Señoría Ilustrísima de la ciudad de Guadalajara á esta de Zacatecas á cumplir la obligación de su pastoral visita el año de 1709, y las noticias de los milagros de nuestro crucifijo, que habían llegado á sus oídos, le indujeron á este pensamiento: «No está bien que una imagen tan milagrosa se halle en una capilla tan ruin é indecente; mi primera empresa, pues, y mi primer obsequio al Santísimo Cristo, debe ser alentar los ánimos de los habitantes de esta ciudad para que contribuyan á la fábrica de una capilla lo más suntuosa que sea posible.» Concebida esta santa determinación, la confirió con las personas más prácticas y conocedoras del genio y humor de los zacatecanos, y eligiendo los medios y modos más proporcionados para captarse la voluntad de las personas acaudaladas, propuso la traza é industria con que podría fabricarse la capilla, sin dar lugar al motivo que hizo suspenderse la fábrica de la otra, que, como queda dicho, se había emprendido en la plazuela del Maese de Campo D. Vicente de Zaldívar y Mendoza. La industria fué esta: dispuso el Ilustrísimo Señor Obispo que la capilla antigua del Santísimo Cristo, con la que se le seguía, y otro retazo de la misma Iglesia parroquial, se convirtiese en una nave, que sirviese de capilla al Santísimo Cristo; y como la longitud

era mucha, y poca la latitud, para que la proporción se guardase, mandó que la pared del frontis se sacase á tal distancia, que de esta á la del cuerpo de la Iglesia hubiese nueve varas de latitud, y así correspondería á 35 de longitud, que tantas son las que tiene dicha capilla. Hecha esta pared del frontis, se sacaron desde el cimiento unos fortísimos arcos que hagan contra-arcos con los del cuerpo de la Iglesia. Luego se romperá la pared antigua lateral de la Parroquia y servirá de lateral la misma que es frontis de la capilla. Ha de componerse esta de tres bóvedas y una media naranja. Ha de tener coro distinto del de la Iglesia parroquial, pero contiguo á él y casi continuado, porque ambos han de servirse de la misma escalera con un descanso de donde saldrán dos derrames, uno para el coro de la Parroquia á la mano siniestra, y otro para el de la capilla, que quedará á la derecha. La que es portada para la capilla, quedará para pórtico de la Iglesia. Esta es en resumen la industria con que aquel Prelado dignísimo concibió los cultos de la imagen con la frecuencia del pueblo en la Iglesia parroquial, y condescendió, sin menoscabo de la veneración de la imagen, con aquella antigua queja que alegaba haber de quedar yerma la Iglesia parroquial si salía de ella la imagen del Santísimo Cristo. . . . .»

El mismo manuscrito inédito nos da idea de la riqueza de dicha capilla, refiriéndonos menudamente las diversas alhajas empleadas en el culto de la santa imagen, del modo siguiente:

. . . . . «Sobre un trono de plata se pone el crucifijo, y este trono, por la parte de arriba se extiende hasta exceder la grande imagen con su cruz. Por abajo se fija la imagen en una peana de la misma materia, de donde se derivan, también de plata, las preciosas gradas. No pude saber los marcos que pesa este trono, con un frontal martillado y flocadura dorada, porque para descender á esta prolijidad sería preciso arrancar con mucho dispendio las hojas del trono y



las planchas del frontal. Unas y otras tienen de grueso más de una línea, que es como la octava parte de una pulgada de vara castellana, por donde puede formarse concepto que es excesiva la cantidad de marcos. De las otras alhajas capaces de pesarse, sé ciertamente que los marcos de la lámpara, que arde siempre delante del crucifijo, son ciento y noventa. Dos arañas con mecheros muy pulidos, pesaron noventa y dos marcos. Para salir á dejar hasta el púlpito los señores mayordomos, al predicador en las funciones con sermón, que tiene la cofradía, han labrado primorosas perlas ó cetros. Entre otras alhajas es peregrino un palabrero de plata, circundado de una cenefa de perlas, y sobre ella las reliquias no vulgares de varios santos. Entre los cálices que ha allegado la solicitud de los señores mayordomos, son dignos de cualquier basílica, principalmente cuatro; el uno, sobre fondo blanco, tiene de oro las flores, donde no es fácil distinguir si son sobrepuestas, y de la misma estructura son la campanilla y las vinajeras, con su plato y maserina, formando terno con el dicho cáliz. En el otro, aunque se dejan ver unos querubines sobrepuestos, compensan con su extraña perfección la ilusión de las flores, que hacen especial al primero y tiene su correspondiente dotación de vinajeras, con platillo, maserina y campanilla. Otros dos cálices fundan sus copas sobre columnas y pié de cristal de roca. Nunca, en los días solemnes, se pone el misal en el altar del crucifijo si no es sobre atriles de plata martillada. Entre las jarras de plata, que roban las miradas, hay dos de cristal, que compiten en belleza artística. Mientras la Cofradía ha hecho sus fiestas al Santísimo Cristo en esta su capilla, no ha molestado con préstamos de alhajas á otras iglesias, porque no caben en ella más blandones de plata, candeleros, pebeteros y ramilleteros sobre los que tiene la cofradía, la cual, sin servirse de las ricas alhajas de la Iglesia parroquial, tiene cruces para su altar y para sus guiones; pedestales para sus ciriales, todo de plata, que es

la materia que gasta en todas las prendas de esta clase; si ya no es que algunas sean de materia más rica, ó más especial y por eso tiene de marfil una imagen pequeñita, para que sea más admirable, de la Virgen Santísima sobre el pilar de Zaragoza, con un Santiago peregrino que la adora, aunque no de paso, sino muy despacio y sin poderse apartar de su presencia, porque toda esta singular y delicada tramoya está fabricada de una pieza.

Entre los ornamentos riquísimos que sirven en el altar del crucifijo, es singular uno de damasco blanco de Castilla bordado de plata y oro con matices variados de seda. Es ornamento entero de casulla, dalmáticas, paño de púlpito, de atril, frontal, etc., y aun para la misa que todos los viernes del año se canta en el altar del Santísimo Cristo, hizo la cofradía un ornamento de lana morada. Por no ser prolijo no pongo aquí la gran copia de albas deshiladas, cingulos con riquísimas borlas, amitos y otros paramentos; pero expresaré el número de paliás ricas, que son treinta, para que se forme concepto de la decencia con que se mantiene el altar del Santísimo Cristo. Y si con tanta decencia se provee á los menesteres del altar, cuál será el cuidado con que se previenen aquellas cosas que pertenecen al culto inmediato de la santa imagen? La corona, con potencias de plata dorada que aparecen en su cabeza, espero que se comutarán de aquí á pocos días, en corona y potencias de oro purísimo. . . . . Además de los clavos esmaltados de preciosas piedras de que hablé en el capítulo 2º de este libro, tiene otros el crucifijo que sirven de vehículos de salud en esta ciudad y así están frecuentemente en las casas de los enfermos. Los cendales de cintura son de encajes muy primorosos de Flandes, y de raso blanco guarnecido con franjas y sevillanetas de finísima plata. Sobre el cendal se estila poner un cingulo, que es siempre muy rico, con pomas y botones muy curiosos. Las cortinas con que se cubre el crucifijo son cuatro, de tela, no sé si con más oro que se-



da. El palio que sirve para ostentación de grandeza, y da protección á la imagen contra las injurias del tiempo (si es que algunas se le atreven), es de tela morada, de la más rica entre la famosa que se fabrica en México. De la misma tela es el guión de la cofradía. Cuando sale en procesión el crucifijo, hace varias mansiones en diversas posas, como diré en su lugar; y para que en ellas esté con la mayor decencia que pueda ser, tiene seis almohadas curiosísimas que van transportándose de posa á posa. Pónense éstas sobre la cabecera de la posa para que descansan los brazos de la imagen, y en la testera de la misma posa se ponen dos cojines laboreados con gran prolijidad para recibir los pies con el mástil de la cruz. . . . . Dos alfombras muy dilatadas pisan todos los que vienen á visitar la sagrada imagen, entre los cuales no es de dudar que vendrán algunos de aquellos en quienes pelagra la justicia. Todo este capítulo y parte de los anteriores hubiera yo omitido, porque, cierto, es cosa vergonzosa el poder caer en sospecha de que he referido por ostentación de riqueza las vulgares alhajas que he expresado; pero á las veces la integridad histórica hace fuerza para expresar las campanillas que orlan el *racional* entre los paramentos sacerdotales, y por eso debo aquí hacer mención especial de las láminas de oro con que se cubren los cinco candados de las tablas del santuario y las de cobre, que fijan las dos visagras del altar. . . . .

En el capítulo 6º pasa á describir las fiestas que anualmente celebraba la cofradía del Santísimo Cristo, refiriendo entre otras cosas, lo siguiente:

«Después de aquella cruelísima peste (*hemoptisis*), de la cual dije en el capítulo segundo del primer libro, que se extinguió con tantos prodigios, así en el modo como en la sustancia ponderables, entró en acuerdo el agradecimiento de toda la ciudad de Zacatecas, y determinó celebrar fiestas todos los años al crucifijo en acción de gracias por la

salud portentosa que obró entonces. No hay cosa que la antigüedad no debilita: sólo contra el agradecimiento de esta ciudad para con el crucifijo parece que ha tenido enervadas la antigüedad sus fuerzas. . . . . La práctica que en ellas se observa es esta: Desde los últimos días de Diciembre atienden los señores mayordomos de la cofradía á adornar con la mayor grandeza la capilla del Señor hasta la tarde del día 25 de Enero en que se cantan vísperas solemnes, haciendo lo mismo los tres días siguientes, y en las noches se quitan en gran parte las tinieblas con fuegos de artificio, los cuales no son absolutamente singulares, si he de hablar ingenuamente; pero son los más ostentosos que se queman en esta ciudad, que es la más pobre en profesores de este oficio que se hallará en nuestros reinos. Y es cierto, y sin lisonja, que hacen más en esta parte los señores mayordomos, quemando aquí dos ó tres árboles con algunas ruedas y no pocas docenas de cohetes voladores, que si quemasen en otras ciudades los árboles de fuego que caben en cuatro calles. Esta celebridad nocturna se continúa las noches del 25, el 26 y el 27 de Enero. Desde el día 26, que fué el mismo en que la imagen obró aquella prodigiosa salud, aparece descubierta en su altar y con la luz de aquel día comienza la frecuencia de innumerable pueblo, no sólo de la ciudad sino también de toda la comarca en su capilla. No puedo dejar de aplaudir de propósito la verdadera devoción con que se celebra este santo triduo; aunque censurare de paso la religión bastarda, por no llamarle rito gentilico, con que vemos celebrar las solemnidades de otros santuarios. Fuera omisión poco menos que escandalosa en Zacatecas no recibir en uno de estos tres días el sacrosanto cuerpo de Cristo, vida nuestra; y así se llenan de penitentes los templos, y tiene mucho que hacer el celo de los confesores. Está destinado, en fin, este triduo para la devoción, y se tiene por infeliz el que no puede hacer oración en la presencia del crucifijo. Hasta ahora, gracias al cielo,